



EDITORIAL

LA ESCUELA SIN MUROS

DESDE Cuernavaca nos llega el grito de alerta: ¡La escuela se muere! Ivan Illich ha detectado los síntomas de decrepitud y agonía. La ahogan los muros, las tapias, las barreras. La vida se ha quedado fuera y, con la vida, el aire para respirar.

La escuela necesita una luz que le sirva de norte, un faro que la guíe. Esa luz y ese faro no puede ser otro que la vida que se desarrolla alrededor de ella. Es necesario poner en juego la imaginación y lanzarse a saltar barreras, a derribar muros y a allanar tabiques y paredes. Durante mucho tiempo la escuela se ha encerrado en sí misma, se ha aislado del mundo exterior y se ha convertido en el *ghetto* de la cultura; pero la cultura aislada de la vida se momifica, se anquilosa.

Tirar muros significa volver a la calle, volver a métodos más naturales y directos de aprendizaje. Desde hace bastantes años, al menos en otros países, se están mejorando los medios del aprendizaje; se ha expulsado definitivamente a esa píldora inodora, incolora e insípida, que eran los libros de texto, y se le ha sustituido por medios más amenos, por fichas, por «paquetes», por audiovisuales; las técnicas mismas de la transmisión del conocimiento han mejorado, están mejorando o intentando mejorar: los métodos activos se abren caminos sobre los pasivos, la enseñanza individualizada y personalizada sobre la masificada... Sin embargo, a pesar de todo, la escuela languidece y muere lentamente, porque el interés de los alumnos por el aprendizaje que se le ofrece se apaga. Falta motivación de un modo alarmante y la motivación es, al fin y al cabo, el único

motor válido del aprendizaje: *sólo se aprende aquello que realmente se quiere aprender*. El alumno, al entrar en la escuela, es arrancado de casi todos sus intereses vitales; la vida se le queda fuera, en la calle, detrás de los muros protectores, mientras él es sometido a un proceso, casi alucinante, en el que se le *obliga* a aprender cosas que, probablemente, van a serle útiles después, pero cuya utilidad él no experimenta por sí mismo. La burocracia educativa de los países es quien presta su experiencia y dictamina, pontificalmente, lo que es y lo que no es necesario aprender. Es un proceso totalmente contrario a lo que la psicología de aprendizaje pide. Al niño sólo le interesa aprender aquello con lo que de algún modo entre en contacto natural. La escuela tiene que abrirse y derribar sus muros si quiere luchar por su supervivencia; tiene que enraizarse en su medio natural y servir de cauce para que el alumno se sumerja más en él.

En este número de nuestra revista incluimos el relato de una pequeña experiencia que va por ese camino. Es simplemente eso, el relato de una pequeña experiencia. Una escuela abierta tiene que ir mucho más allá, pero ni nosotros estamos en condiciones de ofrecer una experiencia de escuela abierta, ni las condiciones legales-educativas del país la permiten por ahora. Por eso nos movemos en el mundo de los símbolos; el faro es el símbolo de la vida real que el país vive en la calle; todavía la escuela está muy lejos de él, pero para eso precisamente es un faro, para poder guiar y orientar en la distancia.